

Charo, Fo y una lección de coraje

POR SYLVIA WALGER

Montarse a un escenario en la Argentina para hablar de sexo resulta un osado emprendimiento. Pero si además el texto es de Dario Fo (en este caso de la familia Fo), escritor de lenguaje fabulador y práctica políticamente subversiva (más que correcta), entonces se trata de una epopeya. Basta recordar hasta qué punto se alborotaron los batallones de cruzados locales cuando Fo y Franca Rame visitaron la Argentina a comienzos de la democracia.

Hay que convenir entonces que Charo López además de una gran actriz es una valiente (para no usar ese vocablo tan castizo con que definen al coraje en su patria). Aquí tan luego, donde de la algarada feminista sólo llegaron los ecos, del amor blanco todavía se hace un culto y del príncipe azul una vocación, los memoriosos aún se acuerdan del artificioso tumulto que se organizó, cuando hace unos años se esbozó la posibilidad de incluir la materia Educación sexual en los colegios.

En *Tengamos el sexo en paz*, la actriz revisita todos los presupuestos —y todo lo que uno se haya imaginado— sobre el feminismo y el sexo en una especie de apología del placer sin culpa que requiere de la intervención del público que, aunque tímidamente, intenta seguirla. De la mano de los Fo (Dario, Franca y Jacopo, los autores) y desde el humor, Charo desgrana una subversiva didáctica del sexo, que da por tierra con los prejuicios con que las tradiciones griega y judeocristiana se conjuraron para desvalorizar lo femenino.

Rotunda, expresiva, apenas maquillada, y con todo el salero de la madre patria salpimentado de argentinismos asegura que "la frigidez no existe, sí existe la frigidez masculina" y evoca al difunto Alfred Kinsey, aquel pionero que en la década del 40 vulneró el ego norteamericano revelándoles que más de la mitad de sus mujeres de "eso" no había sentido nunca nada. "Hombres, os voy a con-

tar un secreto: las mujeres en nuestros primeros encuentros sexuales no sentimos" proclama, mientras alguna guapa de la sala se anima a gritar "¡nadá!".

Imbuida del espíritu de la España negra, recuerda cómo su mamá solía prevenirla acerca de que "los hombres siempre quieren una cosa" aunque nunca le reveló cual. Del himen nos informa que a las niñas escandinavas les enseñan a rasgarlo con las uñas y del aborto asegura que "es una experiencia trágica", que "el Papa no lo sabe y nosotras sí". "¿Qué sabe esa criatura viajera?", se pregunta, no sin razón.

Uno de los momentos más logrados (aunque las casi dos horas se pasan sin que uno se entere) es cuando adornada con un enorme moño —tipo Bichito Bucky— se convierte en una "profesex" de ocasión y sienta cátedra sobre teoría y práctica del orgasmo, simulado o no. Si a las mujeres les sugiere: "emitid un breve jadeo pero no muy expresivo que se asustan y adiós erección", a los hombres les informa que el mejor modo de llegar a la verdad orgásmica es mirar las pupilas de la afectada: si todo anduvo bien es seguro que estarán dilatadas. Lecciones que facilitarían la vida de muchos adolescentes.

La conjunción Charo López-Fo resulta inmejorable. A la gracia, el humor y el talento actoral de la española, se agrega el texto de esta familia de iconoclastas que desprecian las convenciones y en el que se reconoce al mismo Dario Fo, ese creativo maestro de la no-literatura que ha sabido reconocer al teatro también en sus formas de comunicación menos tradicionales. En cuanto a Charo, comprometida hasta las últimas consecuencias con lo que dice, cuesta separar a lo largo de la obra lo que uno imagina como autobiográfico, de lo que realmente es el texto. Lo que es seguro es que cada noche de ahí salen mujeres más seguras, más convencidas y más liberadas, incluida ella misma.